

CONTINGENCIA, IRONIA Y SOLIDARIDAD

por RICHARD RORTY.
Editorial Paidós, 1991.

RF Este libro, editado por Paidós en 1991 (original en inglés de 1989), es uno de los cuatro aparecidos en Chile hasta la fecha en traducciones al español de la obra del filósofo norteamericano. Los otros tres son: *El Giro Lingüístico* (Paidós, 1990); *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza* (Cátedra, 1989) y “Ensayos sobre Heidegger”, Paidós, 1993. De los tres, “Contingencia...” es, seguramente, el que refleja con más fuerza el pensamiento polémico de Rorty. Sus ideas parecen venir a continuar un proceso iniciado hace mucho en la filosofía, que ha sufrido grandes vaivenes y que lo podríamos entender con una frase como ésta: crítica a la metafísica tradicional, esto es, que persigue absolutos, y su reemplazo por una suerte de subjetivismo no kantiano.

El texto presenta tres partes, cada una compuesta, a su vez, por tres capítulos. La primera se refiere a la Contingencia, en diversos ámbitos teóricos; la segunda, al Ironismo y la tercera al concepto de Solidaridad. La relación entre estas tres ideas conforma esta tesis central del libro: 1) Rorty se propone presentar la figura del hombre ironista, categoría en la que él mismo se incluye. El ironista es aquel para quien resultan revisables las formas de pensar de la filosofía buscadora de trascendencias, conocimientos absolutos y realidades permanentes y anteriores al sujeto; 2) el concepto principal que demarca al ironismo es el de la contingencia, en reemplazo al de necesidad; 3) desaparecidos para el ironista los absolutos, reducida toda realidad institucional a contingencia, surge el problema del relativismo, especialmente ético. La cuestión es: cómo ser solidario con los demás y ser ironista a la vez. ¿Qué quiere decir Rorty con todo esto?

En primer lugar, la contingencia. La filosofía de Rorty apunta a establecer una cultura no metafísica, para lo cual se ocupa en desarmar tres conceptos tradicionales de bastante peso: el *lenguaje* es una mera contingencia; el *yo*, como centro de nuestra subjetividad, conciencia e identidad no es menos contingente que el lenguaje; la *sociedad* debe ser guiada por una concepción irónica, esto es, por aquella que considere la contingencia de las instituciones. Según Rorty, a partir del kantismo se fraguó la idea de que la verdad es algo que se construye, no que se la encuentra allí fuera. Sin embargo, se quedó trunco el Idealismo alemán; siguió pensando, a pesar de lo anterior, que la “mente”, el “yo”, el

“sujeto” que hacen ese mundo tienen, ellos, una “naturaleza intrínseca”. La postura epistemológica que recoge Rorty es: el mundo está allí fuera, sin duda; pero su descripción no puede estarlo. La idea clásica a la que estamos acostumbrados según la cual un léxico se refiere a algo allá fuera, proviene nada más que del hecho de considerar proposiciones aisladas y no lenguajes completos. Por ejemplo, si se dice “La lapicera está aquí”, resulta más o menos fácil comparar ese juicio con un determinado estado de cosas. Pero esa comparación ya no resulta igual de fácil si se consideran léxicos completos, como por ejemplo, el léxico de la física de Newton contra el de la física aristotélica. Es difícil pensar que el mundo haga verdadero a uno y falso al otro, así, en masa. Lo que ocurre es que, una vez que adoptamos un determinado léxico, el mundo puede hacer que sostengamos ciertas creencias y otras no. El “yo” no es “expresado” por un lenguaje, como si existiese allí, ese yo, para que luego el tal léxico lo exprese. Lo que ocurre con este concepto en particular es que ha sido creado por el uso de un lenguaje especial; “aparece” en el léxico romántico, es creación de una determinada mirada sobre las cosas. Todo esto pone en entredicho otro concepto con mucha historia: la CORRESPONDENCIA. Hablar de correspondencia entre lenguaje y hecho es ponerse en sintonía, según Rorty, con la concepción de la naturaleza intrínseca, con la idea de que hay algo que se “ajusta al lenguaje” o “expresa la naturaleza humana”. Rorty acude al filósofo del lenguaje Donald Davidson; de él toma la idea de que un lenguaje no es un medio entre yo y el mundo, esto es, una representación. No hay nada “previo” que representar. El lenguaje es otra cosa: es una metáfora. El lenguaje como medio se base en que hay “significados” que expresar y “objetos” que representar. Por otra parte, entre el yo y la realidad estarían el lenguaje, la mente, la conciencia, ideas que muchos filósofos, de muy diversas tendencias han tratado de quitar del medio, como Nietzsche, Derrida, Heidegger, Sellars, Putnam, Davidson, James, Dewey. Y Rorty pertenece a este tronco. El lenguaje es metáfora, no espejo; inventa, pone; no refleja.

Dejo al lector la contingencia del “yo” y de la “sociedad”, tratados en los capítulos 2 y 3 de la primera parte. Aboquémonos a la segunda, acerca del concepto de ironía. El autor nos traza la figura de un tipo humano y, a la vez, de un tipo de filósofo: el ironista. Y lo hace con una recurrente comparación con otro tipo humano: el metafísico. En mor de la brevedad sólo queda aquí lanzar la catarata de ideas que conforman este punto. ¿Quién es el ironista? Es quien considera a la contingencia como categoría para comprender el mundo; es, ante todo, quien no pretende saber: “cómo son realmente las cosas”, pues no hay nada que sea en sí, fuera de las determinaciones subjetivas; es quien, si bien considera que el mundo está allí fuera, no lo están sus descripciones; es quien reconoce que sus ideas más caras, como la Justicia, la Humanidad o la Objetividad, no se basan más que en la contingencia de un determinado léxico vigente en cierto momento; es, el ironista, aquel que prefiere el historicismo, el relativismo, el escepticismo, el nominalismo; piensa que nada tiene una esencia; concibe que conocer no es representar sino REDESCRIBIR, lo que consiste en salirse de la argumentación y proponer ideas nuevas, para lo cual sirve la metáfora más que los argumentos; y tampoco cree, el ironista, merced siempre a la teoría de la contingencia, que existan algoritmos para resolver dilemas morales. En suma,

considerar la *contingencia* implica multiplicar por (-1) al metafísico y al filósofo que Rorty llama tradicional, esto es, el inverso al ironista, y cuyos representantes ya se han nombrado, desde Nietzsche hasta Dewey. A estos se puede agregar otros como, por ejemplo, Paul Feyerabend.

Con el problema de la Solidaridad, Rorty entra en la cuestión ética que, sin duda, suscita esta filosofía. Si se niega la existencia de un “yo nuclear”, de una “Humanidad”, no se puede luego afirmar que, por ejemplo, tal acción a otra persona sea “inhumana” porque vulnere ciertas características intrínsecas. Se trata, pues, de cambiar todo el vocabulario en uso. Rorty plantea que una convicción puede muy bien ser algo por lo cual valga la pena morir y regule nuestros actos, sin necesidad de considerar que apunte a algo más allá de la historia y el azar. El sentimiento de solidaridad hacia el otro no se basa, entonces, en que ese otro tenga una “naturaleza humana”, lo cual, según Rorty, corresponde a la posición del cristianismo y del kantismo. (En todo caso, “humanidad” es una idea estoica). El autor propone, en cambio, una solidaridad basada en el sentido de pertenencia a una comunidad (idea por la que Rorty ha sido criticado). Ocurre que cuando ayudamos a alguien lo hacemos no porque sean seres humanos, porque si fuese así, habría que andar ayudando a todos en cualquier circunstancia; más bien lo ayudamos porque lo sentimos como parte nuestra y porque está en desgracia. En fin, se trata de que no consideremos la solidaridad como algo que preexiste a la acción y a quien la ejecuta.

Estos pensamientos tienen el interés de centrarse en un debate que, si bien no se hace notar acaloradamente, es lo suficientemente fuerte como para configurar uno de los panoramas interesantes para la filosofía de hoy: la cuestión del relativismo. Porque, si nos ponemos en el papel del ironista, seremos, dice Rorty, acusados de relativistas e inmorales, por lo bajo. La solución a esta cuestión consiste en no darle respuesta en sus términos sino que en eliminarla (aunque eso siempre se lo podrá considerar como una sacada de cuerpo). Pero, ¿por qué eliminarla? Por razones epistemológicas: pensar ha sido, en general, representar, argumentar, deducir. Pero hay otra forma: “dar el salto” (muy de acuerdo con esta época cuántica). Debemos tener presente en este punto a Feyerabend y Kuhn; no se puede argumentar en favor de un sistema completo en contra de otro porque, si se lo hace desde uno se elegirá obviamente ese, y viceversa. Debería haber un criterio superior que, como no lo hay, de acuerdo con la teoría de la contingencia, sólo cabe proponer nuevas ideas y esperar a que se acomoden en los usos sociales. Esto se relaciona con la idea de contrainducción de Feyerabend. Así, piensa Rorty, el léxico de la Ilustración (universalidad más racionalidad) debe ser cambiado. Pero, en vez de gastarnos en *probar* lo falso de una teoría, mejor es reemplazarla por nuevas formas, nuevas herramientas que, poco a poco, si valen, serán aceptadas como mejores. En vez de buscar “fundamentos”, hacer una “re-descripción”, mirar de nuevo, para ver qué se divisa desde allí. No es la filosofía, dice el autor, sino la crítica literaria la que mejor puede ponernos de golpe ante un panorama nuevo. De allí que Rorty dedique dos capítulos a novelistas como Nabokov y Orwell.

El texto tiene, a primera vista, también un sesgo ideológico; el filósofo propone que

es en una sociedad liberal donde mejor se puede dar el pensamiento ironista. Sin embargo, nada más confuso que eso, porque Rorty entiende por “liberal” algo sumamente amplio, tanto como para que quepan en ese concepto muchos otros sistemas; entiende por sociedad liberal aquella no centrada en “Proyectos humanos avalados por una autoridad no humana” (pág. 71). En otras palabras, el ironista es la figura de la sociedad actual sin más, aquella “carcomida por el relativismo”.

¿Cuál es verdadero, el ironismo o el no-ironismo? Estamos acostumbrados a pensar para responder preguntas como esa. Rorty apunta a que podemos elegir sin necesidad de suponer que una de las alternativas sea verdadera.

ALEJANDRO RAMÍREZ